



Enrique Cerdán Tato



Caín, de ocho a ocho

Me encontraba en uno de los bancos del parque central, cuando llegó aquel hombre, tomó asiento a mi lado y al punto lo reconocí. Era algo tarde, quizá demasiado tarde, aunque no tanto, por cierto, como para marcharme, estando como estaba casi diluido en la penumbra entre vegetal y nubosa.

Digo que reconocí al punto a aquel hombre y me quedé mirándolo gravemente, sin que él me prestara por eso atención alguna o como si acaso aún no hubiera advertido mi presencia, estando yo como estaba tan identificado con la espesa sombra de los tilos.

Creo, sin embargo, que al poco debió sentirse observado, porque se movió inquieto hasta quedar de espaldas. Aun así, me di cuenta de que se encontraba viejo, terriblemente viejo -si he de ser sincero-, y cansado, muy cansado. Podía escuchar su oscuro jadeo entre el rumor de la hojarasca y el líquido casi animal de la cercana fuente, pero no quise recordarle nada, ni aun escuchándolo y viéndolo respirar con aquella fatiga, ni tampoco traté de sorprenderlo (aunque ahora no estoy muy seguro de haberlo conseguido, por otra parte) con una tos fingida, con un ademán algo brusco o con un saludo, pero no con uno de esos saludos convencionales y casi mecánicos, sino con el saludo propio y un tanto mordaz de quien ha esperado mucho, demasiado ya, en cualquier esquina.

Miré sus hombros tan frágiles envueltos en una chaqueta de lana descolorida. y tuve de pronto unos vivos deseos de abrazarlo y de gritarle que ya todo había concluido, y que a partir de entonces íbamos a caminar juntos necesariamente, teníamos que caminar juntos hasta que él cumpliera en mí su inexcusable y programado destino.

Pero ni siquiera pude moverme, estando como estaba instalado en aquella penumbra -casi penumbra yo mismo- y dispuesto a ofrecer mi cuello, sin que dejaran de alborotar -34- los gorriones, ni el líquido casi animal de la fuente, del agua vertida por las repugnantes fauces de la gárgola, al fondo de la pila, verdinegro, suave, excitante -me refiero al fondo verdinegro-, suave de la pila -según he dicho-, casi tanto, tan excitante, como el sexo de una virgen muy poco probable, el fondo verdinegro y excitante de la pila donde se derramaban los humores de la bestia, mientras ofrecía mi cuello y miraba a aquel hombre y le suplicaba que concluyera de una vez, que yo estaba allí muy bien dispuesto y que apenas si le iba a costar trabajo.

Atardecía, y él se obstinaba en permanecer distante, indiferente más bien, tal como un simple anciano que disfrutara ávida y apaciblemente de la tarde de octubre, con nubes lilas y filamentosas en su vértice superior, incluso con unos cuantos nietos en cualquier casa de la ciudad y un tazón de leche amarilla en el saloncito cálido, empapelado y abierto al barrio antiguo, por el que todavía se esparce, monótono y casi agrio, el bronce de las campanas sobre el templo de Eleyin (que es un decir, claro. O una imagen como las imágenes, más o menos, de aquel poema que usted recordará, y que habla de una hoz que parte, de una verga que azota, de un fuego que abrasa, de un molino que tritura, etc.). Pues él no quería otra cosa más que sustraerse a la memoria de algo aún no sucedido, sin embargo, y a pesar de todas mis mejores intenciones, por la estúpida obstinación del anciano que nunca había de tener reposo si no se decidía de una vez a mirarme fijamente, como pienso que ha de mirar un hombre al hombre que, quiéralo o no, ha de matar de un momento a otro.

No sé qué torpes excusas buscaba, por aquel entonces, para prolongar la espera angustiada, la agónica desde el mismo principio espera, en tanto se hacía viejo, terriblemente viejo, y tal vez confiaba en que la vejez habría de liberarlo, en definitiva. Y yo, a todo esto, sin saber exactamente qué hacer y, en consecuencia, ofreciéndole mi cabeza como un tonto, aunque con ciertas reservas, si he de ser sincero, pero sabiendo que era inútil cuanto pretextáramos uno y otro, y que al final tendríamos que caminar juntos para siempre -como hasta ahora-, necesariamente juntos -como hasta mañana y aún hasta dentro de muchos años, de muchos-, juntos como se nos había ordenado.

Y eso que yo mismo le sugerí toda clase de procedimientos, -35- con ánimo de hacer su tarea más fácil y hasta mucho más anodina, quiero decir algo así como un acto cotidiano, insignificante, casi reflejo. Pues tampoco pude convencerlo, y por eso andamos como andamos, de uno a otro extremo de la casa o de la ciudad, cada uno por su lado, hasta que inevitablemente venimos a dar aquí, en cualquier banco del parque o, verbigracia, en el mostrador de un viejo café, y él, como ya es ritual, simula no conocerme para nada y yo trato de llamar su atención, aunque sin demasiadas fuerzas.

Pues bien: fuimos dejando atrás todas las oportunidades, desde la piedra a la daga, de ésta al pomo renacentista o a la guillotina o al arma de fuego o al gas (iperita o cloro) o a la silla eléctrica, ya tan civilizada, sin que él, en ningún caso, se decidiera por una u otra cosa, siempre indeciso, con titubeos inadmisibles, para, por último, alejarse bajo los árboles o por entre las gentes que a aquellas horas -era media tarde o quizá el momento en que los cinematógrafos han de cerrar sus puertas, ya no me acuerdo bien- llenaban, las gentes, repito, los bulevares. Bueno, también le hablé -no directamente, como cabe suponer, dado que es muy aprensivo y nunca lo hubiera soportado- del napalm, tan rentable, o del uranio-238 o alguno de sus isótopos (ver ley de Soddy y Fajans y todo

eso), pero ni me quiso escuchar, aunque le hice saber que mi sugerencia era aséptica, muy científica en verdad, y no tenía por qué ensuciarse las manos. Y él entonces se las miró receloso, y no hace sino mirárselas de continuo, y luego las hunde con desesperación en sus bolsillos y se aleja entre las gentes y los árboles, o bien lo veo entre los automóviles, cuando aún el semáforo señala peligro y el guardia le sigue soplando al silbato violentamente, como si ya fuera un asesino.

Y ahora se me vuelve de espaldas y guarda silencio entre el líquido casi animal de la cercana fuente o el alboroto de los gorriones por entre los plátanos del parque, y asegura que no me ve -ha de asegurarlo, estoy convencido- por más que mi aliento le abrasa la nuca, de tan juntos que estamos. Y yo, mientras, le animo con mi actitud de entrega absoluta, y casi estoy a punto de tomarle la mano y obligarle a oprimir el gatillo o a pulsar el interruptor o a descargar el hacha sobre mi cuello, sin que con eso concluyera todo de una vez y este parque volviera a ser un parque con niños y niñeras y soldados, con -36- niños que jueguen en la espesura, en la que algunas parejas hacen el amor, y coman barras de chocolate y beban en sus termos una leche caliente y espesa, etc. Pero insisto en que él ni me mira, y tan sólo percibo su jadeo, y conozco que es la nuestra una huida inútil, porque al final siempre nos encontramos y nos reconocemos al punto, en cualquier banco del parque o en la terraza de algún café, por ejemplo.

No, no sucede nada, y eso que los gorriones duermen ya -octubre apenas si comienza- en las ramas de los tilos, de los plátanos y de los otros grandes árboles, cuyo nombre siempre he ignorado, de hojas aovadas y de tacto casi metálico, o en el monótono líquido casi animal de la fuente, de fondo de musgo verdinegro, suave y excitante, pero nada sucede, como era de esperar. Simplemente, y en un instante dado, aquel hombre contempla las palmas de sus manos, que brillan de súbito con un brillo cruel y se encienden por los bordes, como sarmientos, en la penumbra que soy yo mismo, con el periódico abierto sobre las rodillas (el periódico que no he leído y que habla de cientos de muertes, de miles, con naturalidad); y él permanece allí mirándose a las manos como si tal cosa, y de pronto se pone en pie y echa a caminar despacio en un principio, para luego alargar las zancadas y terminar corriendo, hasta perderse entre las gentes, por los bulevares, cuando los cinematógrafos terminan su sesión nocturna, y yo me quedo allí mismo, de nuevo defraudado, en espera de la oportunidad definitiva. Porque sé que volverá aquel hombre -u otro muy parecido- y tomará asiento junto a mí, en cualquier banco del parque, y yo, le reconoceré al punto y aguardaré el término de algo realmente innecesario.

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

